

CONSIDERACIONES SOBRE LA CRONOLOGÍA “ANTIGÜEDAD-MEDIEVO-MODERNIDAD” DE LA HISTORIA “MUNDIAL”

Francisco Miguel Ortiz Delgado

Universidad Autónoma de México

https://doi.org/10.33676/EMUI_nomads.54.10

Resumen: En el presente texto reflexionamos sobre la cronología Antigüedad-Medievo-Modernidad impuesta a la historia mundial. Establecemos primero que la “Época Antigua” no es una etapa cronológica verdaderamente mundial y analizamos la inviabilidad de tomar la historia de los Estados para delimitar el inicio o el final de periodos mundiales. Luego abordamos la postura de Karl Jaspers para una periodización de la historia mundial y, basándonos en su propuesta, buscamos posibles tiempo-eje en la historia del continente americano en aras de una auténtica historia mundial. Por último deliberamos sobre algunos factores que hay considerar y otros que hay que eliminar para la creación de verdaderas cronologías mundiales.

Palabras clave: *Cronología, Historia Mundial, Eurocentrismo, Karl Jaspers, Época Antigua.*

Considerations on the chronology "Antiquity-Medieval-Modernity" of "world" history

Abstract: In the present text we reflect about the Antiquity-Medieval-Modernity chronology imposed to the World History. First we establish that the “Ancient Era” is not a truly world period and we analyze the futility of taking a State history for delimiting the beginning and the end of world periods. Then we study the Karl Jaspers’s posture for a World History chronology and, using his proposal, we search for some possible axis-time inside America’s continental history seeking an authentic World History. Lastly we deliberate about some factors which we must consider and some we must put away in order to create true world chronologies.

Keywords: *Chronology, World History, Eurocentric, Karl Jaspers, Ancient Times.*

1. La “Antigüedad”, una época europea, mediterránea u “occidental”, mas no mundial.

Dentro de la obra de historiadores europeos reconocidos por sus estudios en torno a la época denominada “Antigüedad”, como entre los estudios de muchos otros historiadores, no parece haber un consenso sobre la época, siglo, ni mucho menos sobre el año preciso en que finaliza aquella “Antigüedad” ni tampoco sobre el periodo en que comienza su decadencia. Lo anterior se constata en las posturas contradictorias al respecto de las obras ya clásicas como las siguientes: *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo* de Ernest Renan (1990); *Las transformaciones del mundo mediterráneo* de Franz Georg Maier (1972); *La caída del imperio romano* de Peter Heather (2011).

La “Antigüedad” es, según podemos reflexionar críticamente de lo que dicen los especialistas (como los mencionados), en realidad una época de la historia que compete directamente sólo al mundo Grecorromano, Occidental o Mediterráneo, mas no al mundo en su totalidad. Es una época de la historia a la que hay que especificarle más su nombre porque se trata en realidad de una “Antigüedad Occidental” o “Antigüedad Mediterránea” o “Antigüedad Grecorromana”. La gran mayoría de los intelectuales europeos y aún de otros lugares, hablan de una “Antigüedad”, sin casi nunca, o nunca, especificar que están hablando de una “Antigüedad Grecorromana-Mediterránea-Occidental”. En efecto, no existen libros o estudios que aborden la “Antigüedad rusa” (aún más extraño sería decir la “Antigüedad soviética” dentro de la historiografía producida en la U.R.S.S.), la “Época Antigua de Sudáfrica”, “Argentina en la Era Antigua” (muy desatinado y equívoco sería estudiar “la Pampa en la Antigüedad”) u otros ejemplos descabellados que se nos ocurran. Y no hay libros o artículos al respecto de los ejemplos imaginarios ya que, estrictamente hablando, no existen esos temas de estudio.

Infinidad de autores (desde Procopio hasta Henri Pirenne) reconocen que hubo un punto de inflexión en la historia (grecorromana, “occidental” o mediterránea, por supuesto, mas no precisamente en la historia mundial) con la caída del Imperio Romano de Occidente en el 476 d.C. Aunque es cierto que la toma de Roma por los bárbaros y el fin definitivo del Imperio Romano de Occidente causó un gran impacto en el imaginario popular así como en el intelectual, este impacto se circunscribe al imaginario europeo, norafricano y una pequeña parte del oriental. En el 476 d.C. la caída de Roma no significó nada para los indios, los chinos, los japoneses, los africanos subsaharianos, los australianos o los (indígenas) americanos. Sólo significa algo para estas otras culturas por imposición colonial y cultural y, esto, cientos de años después del fin de la Roma Antigua, a partir de los tiempos de la Conquista de América y del primer colonialismo europeo en los siglos XV y XVI.

La cuestión se problematiza aún más si tenemos en cuenta que el final de la “Antigüedad Grecorromana-Mediterránea” no es el mismo en las distintas regiones del mundo mediterráneo, como comentan George Maier (1972, pp. 5 y 8) y Peter Heather (2011, pp. 543-548). No existe un final consensuado y específico para un periodo de la historia catalogado como mundial y llamado “la Antigüedad” sin más.

La escisión predominante de la “historia mundial”, tomada hasta por los historiadores en “Antigua”, “Medieval” y “Moderna” no se basa en hechos plenamente mundiales. Sostenemos que se puede plantear el estudio de la historia del mundo mediante factores que abarquen a toda la humanidad, por ejemplo, ya se han hecho historias verdaderamente mundiales de cuestiones que ninguna sociedad ni ninguna persona puede eludir: el trabajo, la comida, la bebida (Standage, 2008), etc., y no sólo de factores y sucesos europeos que terminaron afectando otras regiones.

Como los historiadores que siguen el materialismo histórico señalan, una de las mejores maneras de crear cronologías de las sociedades y los países (la única manera para algunos de ellos) es a través del análisis de los cambios en las formas de

producción, en sentido amplio, de esas sociedades, es decir, mediante el análisis de los tipos de trabajo con que funcionan éstas (González, 1977, p. 126). Es decir, para los historiadores marxistas de, digamos, Rusia, sólo habría cambios en la cronología de tal país cuando sufriera de modificaciones en su forma de producción: como en la Revolución de 1917, que marca el inicio de una época y el final de otra, y en la caída soviética de 1991, que marca el final de una etapa y el inicio de otra. Si ellos mismos historiaran, digamos otro ejemplo, Estados Unidos quizá encontrarían una subdivisión cronológica de su historia a partir del antes y después de la abolición de la esclavitud.

El fin de la "Antigüedad" o inicio del "Medievo" generalmente se demarca con el fin de un estado occidental y casi exclusivamente europeo en su momento: el Imperio Romano Occidental. Pero los mismos europeos han reconocido que el fin de un solo Estado no puede marcar el fin de toda una era. "La historia de la Antigüedad [occidental...] no ha sido nunca ni tiene por qué ser otra cosa que una parte de la historia general" (Meyer, 1955, p. 51), asimismo, la historia de Roma es también una parte de la "historia general". Sin embargo, pese a que la "Antigüedad" y la Roma premoderna sean coetáneas, nunca deberemos tomar a la historia del estado romano como sinónimo de "historia de la Antigüedad".

El final del "Medievo" o principio de la "Modernidad" con frecuencia se demarca con el fin de un estado de índole y origen occidental pero de ubicación en el llamado "Medio Oriente", el Imperio Bizantino, en 1453 (de nuevo, no se puede establecer el inicio de una época mundial por medio de un hecho regional, es decir, europeo-oriental). El fin del "Medioevo" también se ha marcado con el "descubrimiento" de un "nuevo" continente *por parte de Occidente* (y un "descubrimiento" sólo para Europa, Asia y África, pues para los indígenas americanos era el continente en el que habían vivido por miles de años), en 1492. "[...] se debe de desechar la interpretación según la cual América apareció al conjuro de un mero y casual contacto físico con unas tierras que ya estarían constituidas [...] sino que debemos de substituir tan portentoso acontecimiento por el de un proceso inventivo de un ente hecho a imagen y semejanza de su inventor" (O'Gorman, 1984, p. 152), es decir, un proceso inventivo de Europa que se imaginó crear en ese supuesto nuevo continente una nueva Europa. Un proceso inventivo de la historiografía eurocentrista favorecedora del colonialismo cultural y político. Aunque claro, el "descubrimiento" de América, sí tuvo repercusiones de índole realmente mundial.

Sobre la "Antigüedad Grecorromana-Mediterránea" nos cabe por igual impugnar o cuestionar que los historiadores especialistas en el tema no hayan elegido, en vez de a la caída de Roma, al fin de la autonomía de Egipto para marcar el final de tal periodo (el 332 a.C., el 47 a.C. o el 31 a.C., son todas opciones viables), o ¿por qué no se eligió el fin del Imperio Persa de los Aqueménidas en 331 a.C., o el ocaso de la dinastía Han del Este en 220 d.C.? ¿o quizá los acontecimientos un tanto alejados o ajenos a Europa no son buenos para establecer periodizaciones mundiales?

Debemos de reafirmar que no es suficiente el análisis de la historia del norte de África, del Medio Oriente, del subcontinente indio y del Extremo Oriente, para determinar el

fin de un periodo llamado "Antigüedad" que en verdad sea mundial. En cuanto a la historiografía antigua, los historiadores y en general los habitantes de esa "Antigüedad", ni estaban conscientes de ser "antiguos" ni tenían las fuentes ni los recursos epistemológicos para escribir una historia verdaderamente mundial. No fue nunca el objetivo de Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Tácito, Suetonio o Plutarco, el realizar una historia del mundo pero tampoco hubieran podido hacerla (con la excepción de Polibio de quien se ha dicho en diversas ocasiones, con cierta razón y desde antiguo, que fue el primero en intentar una "historia mundial" (Burrow, 2009, p. 106) –en la medida de sus posibilidades). Nosotros, en nuestra época, ya tenemos la información y las fuentes para intentar construir una verdadera historia mundial desde los tiempos más remotos sin concentrarnos sólo, en lo que respecta a lo "antiguo", en Grecia o Roma. Aunque el genio de Polibio ya intuía que la historia de una nación, la romana, podía servir de unión para forjar una historia mundial (Hartog, 2011, p. 90) (o al menos una historia internacional que abarcara tres continentes, Europa, el norte de África y el –Medio- Oriente).

De cualquier forma, sigue siendo problemático establecer el fin de una "Antigüedad occidental-grecorromana" con el análisis exclusivo de Grecia y de Roma. Veamos, podemos utilizar la finalización "definitiva" de la autonomía del antiguo Egipto, en el 672 a.C., cuando se convirtió en un vasallo del Imperio Persa. Y para justificar la elección de tal temprano año como fin del "mundo antiguo occidental-mediterráneo" podríamos señalar que a partir de entonces la geopolítica mediterránea se desniveló a favor de los estados fuera de África (con la notable excepción de Cartago) o que con la caída de Egipto comenzaría la unidad de la "Media Luna" sostenida por Persia, luego por Macedonia y por último por Roma y, con ello, se fraguó una nueva dinámica económico-política, etc. En otro ejemplo, podríamos utilizar el fin de Cartago, en el 149 a.C., como fin de la "Antigüedad occidental-mediterránea". Para justificar ello podríamos decir que, con la desaparición de Cartago se completa la unidad cultural y política del Mediterráneo (la cual no se rompería sino hasta el siglo VII d.C. por obra del Islam) y que, con la desaparición de Cartago, Roma se convierte en potencia mundial cambiando diametralmente la dinámica de la historia antigua. Sin embargo, ninguno de los eventos mencionados en estos últimos párrafos son en verdad de repercusiones mundiales en su momento.

Al considerar a Egipto o a Cartago como bases para delimitar el fin de la "Antigüedad occidental-mediterránea" se está basando en sociedades extraeuropeas, en dos estados africanos (aunque el segundo de origen asiático). Empero la utilización de factores extraeuropeos para medir la historia mundial no ha sido, prácticamente nunca, una costumbre de la historiografía europea u occidental. De cualquier manera, no me parece que haya razón suficientemente fuerte para dar preferencia a la caída de Roma sobre la de cualquier otro estado extraeuropeo para

¹ La que va de la península de Anatolia hasta el desierto del Sahara, pasando por Siria, Palestina, Mesopotamia y Arabia.

delimitar el término de una “Antigüedad grecorromana-occidental-mediterránea” con anhelos mundialistas. Sin embargo, tampoco hay razones válidas para privilegiar a los estados extraeuropeos como parámetros de una periodización mundial. Sólo tenemos algo concluyente: la tendencia eurocentrista de la división del mundo es evidente al elegir la caída de la ciudad de Roma (ya un cascarón político para el 476 d.C.) como fin de la “Antigüedad grecorromana...”. El caso es que el periodo tradicionalmente llamado “Antigüedad” por la visión occidental (de Renan y otros) no tiene en verdad un anclaje mundial y se centra en Europa o, a lo más, en el Mediterráneo (sur de Europa, norte de África y Medio Oriente).

2. El uso de la historia de los Estados para delimitar una época “mundial”.

Encontramos que el declive del estado y de la cultura egipcia (la más antigua y estilizada que vivió bañada por el Mediterráneo) comienza, para algunos expertos, después del denominado Reino Antiguo (circa 2700-2050 a.C.). El egiptólogo John Wilson puntualiza lo siguiente:

Bajo el Reino Antiguo, Egipto alcanzó su máximo poderío material e intelectual. [...] En relación con el estilo de vida que los antiguos parecen haber querido instituir, el Reino Antiguo debe ser considerado como la época más egipcia. Una carrera no amenazada aún por peligros exteriores ni por conflictos interiores permitió el nacimiento de aquella sensación de seguridad necesaria para la plena expresión cultural. (Wilson, 1988, p. 160).

Con lo citado entendemos que el apogeo de la cultura egipcia se dio antes del año 2050 a.C., una época en la que otras culturas de la “Antigüedad mediterránea”, como la griega, la persa o la romana, todavía ni estaban cerca de comenzar su historia. El declive cultural egipcio, según esta interpretación, comenzó antes de que otros pueblos siquiera figuraran en la historia occidental-mediterránea. Si, por un lado, tomamos el principio de la decadencia egipcia (ocurrida según Wilson en el siglo XXI a.C.) como parámetro para dar con la finalización de una “Antigüedad (más) mundial” y no sólo “occidental-mediterránea”, es decir, si tomamos el principio del Reino Medio egipcio (periodo ya menos egipcio según Wilson), entonces, irónicamente, ni la Grecia Clásica -que, en consideraciones amplias duró del siglo XI a.C. al VII d.C. (Toynbee, 1988, p. 3)-, ni Persia, ni Cartago, ni Roma, entrarían en el periodo “Antiguo mundial”. Lo dicho nos llevaría a considerar lo que desde el siglo XIX apuntaba el erudito Eduard Meyer (1917, p. 226): que es muy probable que para las civilizaciones griega y romana (y para otras de la época) ya les eran tan extrañas las culturas egipcia y china previas como lo son a nosotros. Lo anterior puede conducir a sopesar la posibilidad de que las ancestrales culturas egipcia y china (así como la sumeria, la hitita, etc.) en realidad pertenecen a una época previa a la “Antigüedad mediterránea”, una época a la cual haría falta asignarle un nombre.

Si se toman en cuenta los acontecimientos de la historia China como parámetros para una cronología de una Antigüedad verdaderamente mundial veremos que

tales hechos poco nos secundan a la empresa. En la región del Extremo Oriente ya había desaparecido una cultura entre los siglos XVIII y XVI a.C., los Hsia. Asimismo, la dinastía Shang, que siguió a la Hsia, comenzó hacia mediados del XVIII y logró la unificación política y social de los chinos. El estado Shang inició su decadencia en el siglo XII a.C. y, entre los años 1122 y 1027 a.C., llegó a su fin por mano de Wu Wang. Después de la caída de los Shang hubo una continuidad muy marcada de la política, la división social, la cultura, el arte y la construcción. Continuidad que marcó a prácticamente toda la siguiente dinastía, la Chou (Fairbank y Reischauer, 1982, pp. 21-32). En otras palabras, ni los acontecimientos importantes en los estados de los Hsia, los Shang o los Chou, que abarcan del siglo XVIII al III a.C. pueden ser útiles en verdad para establecer el inicio y el fin de una cronología de la "Antigüedad (más) mundial". Sus acontecimientos tuvieron repercusiones casi siempre sólo locales.

El fin del Imperio Persa Aqueménida fue llevado a cabo por Alejandro Magno de una manera fulminante. No dio tiempo para que tal estado sufriera una prolongada decadencia, pero tampoco se dio una recuperación del mismo tras el fin del Imperio Macedónico. Una vez muerto Alejandro no se perpetuó la unidad política de la "media luna" con Asia Central y que fue lograda por la dinastía Aqueménida (Olmstead, 1960, pp. 522-524). Tal rompimiento de una unidad política que iba desde Anatolia hasta la India marca un hito geopolítico. La reunificación de toda esa geografía no la lograron ni los romanos ni los bizantinos sino que se obtuvo hasta las conquistas de los árabes en el siglo VII d.C. Hay que recordar también que los historiadores (de Europa primordialmente) han marcado con la muerte de Alejandro, es decir con el fin del Imperio Macedónico o con el fin de la unidad política de Medio Oriente y Asia Central, el inicio de la Época Helenística o el fin de la Época Clásica. Es decir, la muerte de Alejandro Magno demarcó las subdivisiones en la cronología de la "Antigüedad occidental-mediterránea".

"Una tradición que se remonta a la Antigüedad hace coincidir la decadencia de Grecia con la muerte de Alejandro Magno [...] Los fragmentos literarios de los siglos III y II a.C. parecen confirmar por su naturaleza misma la impresión de decadencia y ruina", nos hace observar el erudito Arnaldo Momigliano (1997, p. 258). Por lo que, ¿por qué no marcar el fin de una "Antigüedad (más) mundial" con la muerte de Alejandro, un hombre que afectó no sólo a la "Antigüedad grecorromana-mediterránea" sino también a pueblos de otros parajes como los, los armenios, los medos, los iraníes, los árabes, los indios, los afganos, entre otros, es decir, que incidió en un área mucho más amplia, más "mundial"?

Si se marcara el fin de una "Antigüedad (más) mundial" con el fin del primer periodo de la historia de la cultura madre, que es Egipto, aquel se encontraría en el siglo XXI a.C.; si se marcara con el fin del primer régimen estatal de China, el fin de la "Antigüedad (más) mundial" se encontraría en el siglo XI a.C.; si se marcara con el fin del Imperio Persa Aqueménida o con el fin del Imperio Macedonio o con el fin de la Época Clásica, su final se encontraría en el siglo IV a.C. Pero Occidente-Europa (sus historiadores y sus seguidores) parece siempre delimitar los periodos de una historia

mundial con estándares europeos. Ante tantas dificultades por la utilización de la historia de uno y otro “Estados” específicos, por más importantes que fuesen, para establecer una periodización mundial, una opción más viable es la de concentrarse en identificar una época que contenga múltiples coyunturas simultáneas, en distintos Estados y regiones (según veremos más adelante).

3. Karl Jaspers, una cronología de la “historia mundial”.

Pasemos a revisar lo que el filósofo Karl Jaspers decía al respecto de los periodos mundiales, en aras de problematizar aún más la cronología de la “historia mundial”. Para tal estudioso alemán (que quiso sustraerse de la visión eurocéntrica)² no ha habido una historia mundial verdadera, sino en solo dos periodos exclusivos; el periodo que él llama “tiempo-eje” y la Edad Contemporánea. Y, para aquel, sólo en la Edad Contemporánea hay verdadera historia mundial porque fue hasta después de la era de los descubrimientos que se dio un mundo verdaderamente interconectado (Jaspers, 1980, p. 103).

Jaspers refiere un periodo de seiscientos años aproximadamente, en la historia euroasiática, que inicia hacia el 800 a.C. y que termina hacia el 200 a.C., al que denominó “Tiempo-Eje”. En este periodo el autor afirma que sucedieron hechos extraordinarios en cuatro regiones diferentes: Occidente (Europa suroccidental y Norte de África), Medio Oriente, India y China. En esos seis siglos se forman las características de tres civilizaciones “madre”: griegos, indios y chinos. Dice que inicia, con esas tres culturas, la conformación de las características del “resto del mundo” y se trata de una época con una repercusión mundial sin parangón por sus acontecimientos pero que, sin embargo, el impacto mundial de tales acontecimientos no es total (no llega en su momento a Oceanía o América). Y nos subraya que ese “Tiempo-Eje” tampoco significa una evolución en un solo sentido de la humanidad; después de tal época cada una de las tres civilizaciones tomó caminos diferentes; en tal periodo

En China viven Confucio y Lao-tsé, aparecen todas las direcciones de la filosofía china, meditan Mo-Ti, Chuang-Tse, Lie-Tse y otros muchos. En la India surgen los Upanishadas, vive Buda, se desarrollan, como en China, todas las posibles tendencias filosóficas [...]. En el Irán enseña Zaratustra la excitante doctrina que presenta al mundo como el combate entre el bien y el mal. En Palestina aparecen los profetas, desde Elías, siguiendo por Isaías y Jeremías [...]. En Grecia encontramos a Homero, los filósofos -Parménides, Heráclito, Platón-, los trágicos, Tucídides, Arquímedes. (Jaspers, 1980, p. 20).

² Estamos conscientes del trabajo crítico contra la visión eurocentrista de la historia que han hecho filósofos como Enrique Dussel y otros artífices de la filosofía de la liberación u otras posturas anticolonialistas. No obstante, el objetivo de este ensayo es más puntual que el de aquellos filósofos: el análisis y la crítica de la cronología eurocéntrica de la historia mundial, dejando a un lado otros aspectos del etnocentrismo europeo.

Entonces, ¿por qué no concebir la cronología de la historia mundial a partir de una época, como el propuesto "Tiempo-Eje" (en vez de la "Antigüedad grecorromana") planteado por Jaspers, que consiste en un tiempo de avances culturales en el que se establecen las bases religiosas, filosóficas, artísticas, literarias, historiográficas, científicas, y más, de diversas culturas y no sólo las bases de la civilización europea? ¿Por qué determinar un periodo supuestamente mundial, la "Antigüedad" o el "Medievo", a partir de factores y estructuras de Occidente o de Europa, como lo fueron en gran parte (de tiempo y/o de territorio) el Imperio Romano de Occidente y el de Oriente o Imperio Bizantino? Si seguimos la propuesta de Jaspers podríamos realizar la periodización de una plausible, aunque no definitiva, historia –más- mundial.

Llevando la reflexión de Jaspers más allá del "Tiempo-Eje", ¿por qué no dividir la historia mundial en, por ejemplo, las siguientes cinco épocas: (I) "Época Pre-Tiempo-Eje" del 4000 a.C. o desde el nacimiento de la historia hasta el 800 a.C., (II) "Época del Tiempo-Eje" del 800 a.C. al 200 a.C., (III) "Época Post-Tiempo-Eje" del 200 a.C. al 900 d.C., (IV) "Época protoglobalizada" del 900 d.C. al 1500 d.C. y (V) "Época globalizada" del 1500 a la actualidad? La viabilidad de la escisión anterior como una cronología más mundial es sencilla: como no hay verdadera historia mundial antes de la era globalizada o en vías de ser globalizada (es decir, antes del siglo XVI no había sucesos que en verdad afectaran a todo el mundo casi simultáneamente, como ahora, en el mundo ya globalizado), ergo, debemos tomar, como base cronológica para la historia del mundo, una época (800-200 a.C.) en la que parece haber muchos avances en diversas partes del planeta y no sólo en Europa o en el mundo Mediterráneo. El "Tiempo-Eje" parece una etapa donde hubo amplios adelantos en diferentes ámbitos y diferentes regiones pese a tratarse de una época en la que no hay interconectividad considerable entre las diferentes culturas del mundo.

En el siguiente párrafo del estudioso mexicano Ricardo Martínez Lacy obtenemos una idea de lo que es el proceso de crear una cronología, la cual nos puede arrojar cierta luz para desarrollar o argumentar la defensa de una determinada periodización para la historia mundial:

[...] la periodización es un juicio que los historiadores hacemos y no difiere cualitativamente de ningún otro juicio. Esto quiere decir, no sobra aclarar, que nunca se encontrará que la historia se delimita sola, sino tan sólo se podrá detectar una armonía (o una discordancia) entre nuestras propuestas de interpretación y los testimonios. Es esta armonía la que hace pertinente una periodización cualquiera. (Martínez, 2004, p. 133).

Y, siguiendo a Martínez Lacy, creo que las ideas de Jaspers armonizan con los testimonios. En verdad parece que existió un "tiempo-eje" *simultáneo* en las historias de Occidente, de Medio Oriente, de India y de China. Con la propuesta de Jaspers llevada a otro nivel de análisis tendríamos una escisión de la historia que se basa en hechos extraeuropeos así como europeos. Durante el "tiempo-eje" hubo cambios directos en las sociedades tanto del norte de África, como de casi toda Asia y como de todo el sur de Europa.

Pero, ¿qué con el África Subsahariana, Oceanía o la América? Son regiones de las que quizá poco se ha estudiado en el sentido de buscarles un tiempo-eje al modo jasperiano, es decir, en el sentido de identificar una época, en esas tres amplísimas regiones, en que la conciencia haya cobrado conciencia de sí misma, en el que la "discusión, la formación de partidos, la división de lo espiritual [...] [hayan engendrado] inquietud y movimiento hasta lindar con el caos espiritual." (Jaspers, 1980, p. 21).

Sin considerar a África en su totalidad (y no sólo a Noráfrica), sin América y sin Oceanía, la división de la historia mundial a partir del "Tiempo-Eje" jasperiano tampoco puede ser plenamente mundial (aunque está mucho más cerca de serlo que la ya tradicional división mundial en "Época Antigua", "Medieval" y "Moderna"). Las divisiones cronológicas de la historia mundial en estas tres grandes épocas poco ayudan al no europeo a comprender mejor su propia historia y, como dice Clara Ramírez (2011, p. 156), "Necesitamos construir una explicación propia de la historia mundial para poder explicar la historia de México", como necesitamos esa explicación para explicar(nos) mejor la historia de Canadá, de Jamaica, de Chile, de Perú, de Colombia, y de todos los países americanos, así como de los países subsaharianos como Sudáfrica, Ruanda, Zaire, etc., y de los pueblos de Oceanía. Empero ¿cuál es la explicación propia que podemos hacer los americanos, africanos y oceánicos para crear una cronología mundial de "toda" la historia?

4. Tiempos eje en la historia de América.

Veamos, en los eventos de las culturas prehispánicas pareciera que sí hay cierto tiempo-eje (al estilo jasperiano) para dos amplias regiones de nuestro continente americano: Mesoamérica y los Andes. Entre el 800 y el 200 a.C. aproximadamente, durante los mismos años del "Tiempo-Eje" de Europa, Noráfrica y Asia, hubo grandes cambios, como los que señala Jaspers para estos "viejos" continentes, en las civilizaciones de Mesoamérica, de los Andes y de otras regiones como Aridoamérica.

En el caso de Mesoamérica, la época denominada "Tiempo-Eje" por Jaspers coincide cronológicamente con lo que fue llamado el "Preclásico" (que va del 1300 a.C. al 200 d.C. para el occidente de Mesoamérica) por Otto Schöndube (1986, p. 227). El mismo "Tiempo-Eje" coincide cronológicamente con otras épocas de otras cronologías de Mesoamérica: con el "Preclásico Medio" que Willey en 1962 y Porter Weaver en 1993 ubicaron entre el 1000 y el 300 a.C., y que Coe llamó "Formativo Medio"; con el "Horizonte Preclásico Medio" (1000-400 a.C.) de Noguera; con lo que Piña Chán llamó (en 1967) "Preclásico Superior" y que va del 800 al 200 a.C. (López Austin y López Luján, 2002, p. 23).

Durante la época del "Preclásico" o "Preclásico Medio" o "Formativo Medio" o "Preclásico Superior",³ los (meso)americanos lograron amplios avances culturales de una gran importancia: muchos pueblos se sedentarizaron; nace la escritura; nace la medición del tiempo; los olmecas desarrollaron lo que Alfonso Caso llamó la "ciudad dispersa"; comenzaron a surgir aldeas desde el centro de lo que hoy es México hasta lo que hoy es Costa Rica y en ellas se comenzó a cultivar el maíz (Norton, 2005, p. 31); los olmecas expandieron su influencia cultural y civilizatoria en la región que después sería la base de la cultura maya; se desarrollan los centros religiosos y civilizatorios llamados La Venta (hacia 800 a.C.) y Monte Albán en la Cultura del Golfo los cuales dominaron la región por cientos de años; se desarrollaron las represas, los canales, las terrazas y demás controles de agua (López Austin y López Luján, 2002, p. 20); florece el centro de adoración Cuicuilco (300 a.C.) que desarrolla una avanzada arquitectura; se formaron los primeros asentamientos poblacionales en el área en la que después surgiría Teotihuacán (las fases Cuanalan y Patlachique que transcurren de 600 a 200 a.C.) quienes comenzaron la producción de obsidiana (Bernal, 1986, p. 250), etc.

En general entre el 1300 y el 200 a.C. se sentaron las bases para el desarrollo y apogeo de todas y cada una de las posteriores culturas de Mesoamérica. Aparecen pues las culturas madre y los cimientos de las civilizaciones que florecerán después (durante el periodo, más o menos, llamado "Medieval" de la "historia mundial") en la región, como son los zapotecos, los mixtecos, los teotihuacanos, los purépechas, los mayas, los tlaxcaltecas, los aztecas y otros. Se trata pues de un verdadero tiempo eje del que aún falta mucho por descubrir y precisar.

Durante el periodo que va del 800 al 200 a.C. no sólo sucedían adelantos culturales en Mesoamérica sino en general en otras partes de los pueblos americanos: "Hacia el año 1000 a.C., la América precolombina⁴ parece haber estado esperando un estímulo, un impulso que lanzara las energías de sus pueblos a la aventura espiritual y material de civilizarse." (Norton, 2005, p. 18). Hacia el mil a.C., en el actual Perú, las poblaciones comienzan a crecer; en esa misma época se desarrolla la unificadora religión de Chavín y esta cultura expande su estilo artístico; surge la cultura Paracas (700a.C.) que desarrolla el arte textil; surge la cultura Topará (200 a.C.). Surgen pues, entre el 1000 y el 200 a.C., los ejes civilizatorios de lo que serán las importantísimas y poderosas culturas posteriores: la Nazca y la Inca...

Es decir, los años que van del 800 al 200 a.C. en la historia americana, son el eje para la subsiguiente etapa civilizatoria e imperial en gran parte de tal continente; es

³ Esta divergencia de nombres de las épocas mesoamericanas muestra la necesidad de una unificación de la historia de América y de una mayor investigación al respecto de las interrelaciones entre las diferentes naciones indígenas americanas para así establecer una verdadera "cronología americana". No hay una cronología basada en las interrelaciones entre, por ejemplo, Mesoamérica y los indígenas de la zona de los Andes.

⁴ "Precolombino" es otro término colonialista que habría que dejar de emplear para la cronología de América.

cuando sucede lo que Ibn Jaldún (1977, p. 351) agudamente observó que aconteció en la más diversas culturas euroasiáticas y africanas que él estudió: "Un género de lujo acarrea a otro; las artes se multiplican conforme a la variedad de gustos [...] Los hábitos del vivir sedentario, con sus distintos matices, reemplazan necesariamente, en el imperio, al periodo de la vida nómada y sus respectivas costumbres [...]".Refiriéndose aquí a cambios sociales realmente mundiales porque se dan o se pueden dar dentro de cualesquiera culturas humanas.

5. Aproximaciones para construir una cronología de la historia mundial.

Para apoyarnos en el esclarecimiento del asunto de las periodizaciones globales podemos hacer uso de una categoría, la de "coyuntura", del teórico Pierre Vilar, para éste se trata del "conjunto de las condiciones articuladas entre sí que caracterizan un momento", condiciones que van desde las sociológicas, las antropológicas, hasta las meteorológicas (Vilar, 1999, p. 81). Sin embargo, este autor nos dice que no puede haber coyunturas mundiales sino sólo regionales. Por ejemplo, la (supuesta) decadencia del mundo mediterráneo que va de los siglos VI al X no es global (ni siquiera abarca todo el "Mediterráneo") pues, en contraste, en la misma época, en el mundo árabe del Medio Oriente hay un apogeo general de índole económica, cultural, etc. Otro ejemplo, Vilar dice que los descubrimientos geográficos a partir del siglo XV es un fenómeno predominantemente europeo, no mundial (Vilar, 1999, pp. 86-87) (incluyendo el "descubrimiento" de América).

Sin embargo, al considerar al periodo del "Tiempo-Eje" jasperiano (800-200 a.C.) apreciamos que para el autor existen *simultáneamente* varias zonas coyunturales en las más diversas partes del mundo: en Italia, en Grecia, en Anatolia, en la franja de Gaza, en Persia, en el Indostán, en Extremo Oriente. Asimismo, en otras zonas del mundo como Mesoamérica o la parte noroccidental del continente sudamericano ocurrió simultáneamente acontecimientos eje para el devenir posterior; es decir, también hay un cierto "tiempo eje" en estas zonas de América, que muchos otros historiadores, filósofos, sociólogos, etc., de todo el mundo, pasan casi completamente por alto en sus deliberaciones sobre la "historia mundial".

Tenemos entonces múltiples coyunturas zonales que prácticamente provocaron o conforman una real coyuntura mundial. Coyunturas zonales que, por supuesto, no son completamente idénticas y, con mucha probabilidad, tienen total independencia una(s) con respecto a la(s) otra(s). Los sobresalientes hechos acaecidos entre el 800 y el 200 a.C., en las más diversas partes del mundo, forjaron pues lo que podríamos llamar una *cuasicoyuntura mundial*. En otras palabras, sí hubo una coyuntura mundial compuesta de coyunturas regionales independientes cuyas repercusiones aún se viven. Las zonas coyunturales del periodo que va del 800 al 200 a.C. se dieron en culturas muy diversas que, pese a sus diferencias políticas, sociales y antropológicas, experimentaron un periodo en el que aparecen una serie de personajes y

manifestaciones culturales en una cantidad y una cualidad nunca antes vistas y que conformarían las bases civilizatorias del posterior desenvolvimiento histórico.

Independientemente del desconocimiento o poco conocimiento de las causas que provocaron el surgimiento de diferentes coyunturas simultáneas durante un "Tiempo Eje Cuasimundial" hace 2800 años, una cronología basada en esos seis siglos que van del 800 al 200 a.C., aproximadamente, nos puede permitir alejarnos de la elaboración de cronologías pseudomundiales y eurocentristas. La teorización en torno al "Tiempo-Eje" jasperiano considera diferentes parajes geográficos: no se da preeminencia al Occidente ni al Imperio Romano, ni a ninguna otra región o cultura. Podemos agregar también que es falso que los pueblos y culturas de la India, la China o la América anteriores a la "Época Moderna" posean un carácter ahistórico o una historia más lenta que la del Occidente Europeo; en las susodichas regiones, entre el 800 y el 200 a.C., tenemos evidencias de dinámicas sociales que tienden al cambio y no sólo a la permanencia. "[...] se dice que por ser conciencia el hombre [de cualquier lugar y época y, claro, con cualquier nivel de cultura o desarrollo] es esencialmente tiempo" (Chatelet, 1985, p. 545).

La división tradicional de la historia mundial que hicieron los historiadores europeos del XVIII y que continuaron Renan, Maier y Heather es, además de occidentalista, poco precisa. Benedetto Croce ya nos hizo hincapié en que las divisiones cronológicas son "divisiones útiles para la memoria", que deben de tener pues un uso práctico y empírico (Croce, 1971, pp. 271-272). Si las periodizaciones pierden ese uso pragmático pierden entonces su razón de ser. Y por supuesto que para los americanos así como para los habitantes de muchas otras regiones del mundo la clásica división tripartita de la historia "mundial" (Antigüedad-Medievo-Modernidad) no tiene, la mayoría de las veces, un uso en lo absoluto pragmático ni nos indica nada esclarecedor sobre nuestra historia (a menos que se trate de expertos y académicos que, por practicidad, siempre utilicemos la misma cronología eurocéntrica aunque esto lleve más bien a la equivocación y a la confusión).

Si se intenta justificar el uso de las periodizaciones que perdieron su practicidad se entra en problemas irresolubles. Por ejemplo, cuando se intenta explicar el término "medieval" se cae en la imprecisión, en la fragmentariedad o en la imposibilidad de definirlo. Dice Croce (1971, pp. 272-273):

Se ha intentado en vano elaborar definiciones que abracen todos los hechos contenidos en estas divisiones cronológicas, siendo así que el problema real, en tales casos, es definir las formas y modos universales indicados por los títulos [como "Medievo"]. Éstos no pueden confinarse en límites cronológicos, pues son extratemporales por naturaleza.

Tenemos aquí, entre muchos otros, el problema de definir al hombre medieval (europeo, por supuesto). En primera, según comenta Georg Maier (1972), hay características propias de lo que se llama el Medioevo ya en el siglo III d.C. en Roma y las hay hasta ya tan tardíamente como en el "moderno" siglo XVII pues en este siglo

en ciertas partes de Europa aún privaba el feudalismo y el dominio de la Iglesia. Lo dicho por Georg Maier sólo refiere el problema en el estudio de la historia de Europa, mayor es el problema del concepto de "medieval" cuando intentamos hablar de un indio o un chino "medievales" y mucho más grande (y ridículo) es el problema si se empieza a hablar de un maya, de un araucano, de un mohawk, "medievales". El término "medieval" no puede poseer un carácter mundial, como tampoco lo posee el término "antiguo"; esta última categoría no debería de aplicarse ni a los olmecas, ni a los zapotecos, ni a los apache, ni a los anasazi, ni a los quechuas, ni a los incas, etc., por el sólo hecho de haber vivido antes de la llegada de los europeos.

En definitiva, un muy citado teórico de la historia, Giambattista Vico, sigue teniendo razón en que "[...] para determinar los tiempos y lugares ciertos en que empezaron [los progresos, los estados, las decadencias y los fines], no nos socorren los dos ojos, hasta ahora usados, de la historia, que son la cronología y al [sic] [la] geografía" (Vico, 2006, p. 156). Para los tiempos remotos, estamos lejos de dar fechas precisas sobre los acontecimientos humanos. Por lo que el problema de la cronología de la historia mundial seguirá vigente.

Si el parámetro para designar el final de una época de una verdadera cronología mundial es la decadencia cultural o estatal de una civilización, entramos en el problema de establecer qué cultura sería el parámetro para tal cronología mundial. ¿Sería la cultura más importante la base para la periodización? ¿quién decidirá cuál es la más importante? (¿los europeos?, ¿de nuevo?). Como mencioné, no parece que haya razones suficientes para que la civilización que marque la pauta para la cronología mundial en una "Antigüedad (más) mundial" sea la griega o la romana, ni alguna otra en particular. Tampoco hay mayores razones para establecer el fin del Imperio Bizantino (1453) como el final de otra época supuestamente mundial, el "Medieval". Llevando más allá este razonamiento ¿por qué tomar al estallido de la Revolución Francia como el inicio de la "Época Contemporánea" en vez de haber tomado al inicio de la Independencia de Estados Unidos de América, siendo que ambos acontecimientos tuvieron repercusiones mundiales? ¿por qué elegir un hecho europeo y no uno de América?

Una breve conclusión.

No parece haber razones suficientes para que se tome a un Estado o a una civilización por sobre otra para marcar el inicio o el final de una época, cualquiera, de la historia mundial. Tal vez sea mejor, por razones de pragmatismo (las únicas válidas para las cronologías según Croce) emplear el "Tiempo-Eje" jasperiano para delimitar las distintas época mundiales. Porque en el susodicho "Tiempo-Eje" hubo grandes e irreversibles cambios que afectaron directa y simultáneamente, debido a cualesquiera razones, a cuatro grandes culturas del mundo; China, India, Irán y Grecia (así como hubo cambios civilizatorios enormes, en la misma época, en lo que ahora se conoce como Norteamérica, Centroamérica y Sudamérica).

Hay generalizaciones, en cuanto a periodizaciones respecta, hechas por los investigadores que deben de ser acotadas y especificadas para evitarnos llegar a la confusión y a la perpetuación del logos colonial. Por ejemplo, cuando se habla de "Antigüedad" hay que aclarar que hablamos de la "Occidental", "mediterránea" o "europea" (y decir "Antigüedad Occidental", por ejemplo, no sólo "Antigüedad"), lo mismo pasa con la "Época Medieval y con la "Época Moderna". Pues, al final, la cronología puede ser en realidad un signo o herramienta de un relato historiográfico (Certeau, 2010, pp. 104-107). Y la cronología "Antigüedad-Medieval-Modernidad" designada para la historia "mundial" es un signo de un discurso historiográfico colonialista.

Los individuos de origen americano, en particular, sabemos que la "Antigüedad" y el "Medieval", de los que por cientos de años han hablado los historiadores europeos y muchos de los extraeuropeos, no engloba a nuestros antepasados ni a nuestras regiones. Los habitantes de América de tiempos pretéritos a la Modernidad no pertenecieron a una "Antigüedad Grecorromana" ni a "microcosmos medievales", sólo pertenecieron a ella los europeos (ni siquiera todos, por ejemplo no hubo rusos o ucranianos en la "Antigüedad occidental") y algunos africanos y otros pocos asiáticos. La división de la historia del mundo en tres grandes etapas pertenece a un (meta)relato viciado y eurocéntrico que, entre otras cosas, puede crear o perpetuar la falsa concepción de que, para todo el planeta, "solo existe un futuro posible y por tanto solo un pasado, una única manera de pensar la idea de ser humano [...]" (Plá, 2012, p. 60).

Debemos de ver más allá de Occidente para marcar los tiempos de la historia mundial y así podremos reafirmar junto con Jean Chesneaux (1981, p. 114) que "Ya no llevan todos los caminos a Roma, ni tampoco han llevado siempre...". La división de la historia en "Antigua", "Medieval" y "Moderna" pertenece al "logos colonial" que es, siguiendo a Eduardo Subirats (2014, p. 280), un "proceso al mismo tiempo cristianizador y civilizador", porque esa visión colonizadora de la historia y de la historiografía nos dice que las conquistas de Roma fueron civilizadoras, que el "Medieval" fue cristianizador y que la "Época Moderna" es de nuevo civilizadora y, además, progresista y nos impone la idea de que las tres épocas fueron, a su manera, benéficas y trajeron bienes a la humanidad *entera*; la primera época proveyó de leyes justas (a los conquistados por Roma), la segunda de la salvación eterna (a los conquistados por las naciones cristianas), la tercera del "anhelado" progreso (a los conquistados por las naciones industrializadas). Estamos ante una perspectiva que nos dice que sólo ha habido tres grandes escalones en el único Gran Camino de la Historia. Y lo anterior es falso y nos provee de una visión errónea que ni siquiera nos ayuda a comprender de verdad al mundo a los no europeos (y muchas veces, y mucho menos, ayuda a comprenderlo a los europeos).

Referencias.

- BERNAL, I. (1986). Teotihuacán. En Miguel León-Portilla (Coord.), *Historia de México*, tomo II (pp.249-298). México: Editorial Salvat.
- BURROW, J. (2009). *Historia de las historias*. Barcelona: Crítica.
- CERTEAU, M. (2010). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- CHATELET, F. (1985). *El nacimiento de la historia*. Madrid: Siglo Veintiuno editores.
- CHESNEAUX, J. (1981). *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- CROCE, B. (1971). *La historia como hazaña de la libertad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FAIRBANK, J. K.; REISCHAUER, E. O. (1982). *China. Tradition and transformation*. Sidney: Houghton Mifflin Company.
- GEORG-MAIER, F. (1972). *Las transformaciones del mundo mediterráneo, Siglos III-VIII*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- GONZÁLEZ ROJO, E. (1977). *Teoría científica de la historia*. México: Editorial Diógenes.
- HARTOG, F. (2011). *Evidencia de la historia*. México: Universidad Iberoamericana.
- HEATHER, P. (2011). *La caída del imperio romano*. Barcelona: Crítica.
- IBN JALDÚN. (1977). *Introducción a la historia universal*. México: Fondo de Cultura Económica.
- JASPERS, K. (1980). *Origen y meta de la historia*. Madrid: Alianza Universidad.
- LÓPEZ AUSTIN, A.; LÓPEZ LUJÁN, L. (2002). "La periodización de la historia mesoamericana". *Arqueología mexicana*, 11: 14-23.
- MARTÍNEZ LACY, R. (2004). *Historiadores e historiografía de la Antigüedad Clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MEYER, E. (1917). "Historia del Antiguo Egipto". En *Historia Universal* (pp. 221-503). Madrid: Montaner y Simón Editores.
- (1955). *El historiador y la Historia antigua*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MOMIGLIANO, A. (1997). *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- NORTON LEONARD, J. (2005). *América Precolombina*. México: Ediciones Culturales Internacionales.
- O'GORMAN, E. (1984). *La invención de América*. México: Secretaría de Educación Pública/ Fondo de Cultura Económica.

OLMSTEAD, A. T. (1960). *History of the Persian Empire*. Chicago: The University of Chicago Press/ Phoenix Books.

PLÁ, S. (2012). "La enseñanza de la historia en México, o la fabricación del 'último mexicano' (1993-2011)", *Historiografías*, 4, 47-61.

RAMÍREZ, C. (2011). "La hermenéutica de la historia y la importancia de explicar la historia mundial desde México". *Co-herencia* 8 (14), 133-159.

RENAN, E. (1990). *Marco Aurelio y el fin del mundo antiguo; precedido de la plegaria sobre la Acrópolis*. México: Editorial Porrúa.

SUBIRATS, E. (2014). *Filosofía y tiempo final*. Tuxtla Gutiérrez: Afinity Editorial.

SCHÜNDUBBE, O. (1986). "El occidente de México hasta la época tolteca". En Miguel León-Portilla (Coord.), *Historia de México*, tomo 2 (pp. 221-248). México: Editorial Salvat.

STANDAGE, T. (2008). *La historia del mundo en seis tragos*. México: Debate.

TOYNBEE, A. (1988). *Los griegos: Herencias y raíces*. México: Fondo de Cultura Económica.

VICO, G. (2006). *Principios de una ciencia nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.

VILAR, P. (1999). *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona: Ediciones Altaya.

WILSON, J. A. (1988). *La cultura egipcia*. México: Fondo de Cultura Económica.